

**LA
CARTA
DE
SCALABRINI
ORTIZ**

EN el momento en que me dispongo a escribir esta nota, las fuerzas combinadas de Gran Bretaña y Francia preludian la invasión de Egipto con un bombardeo aéreo desmantelador de las bases militares próximas a El Cairo. Es la respuesta que las dos naciones más representativas de la cultura occidental dan a la lesión de sus intereses, heridos por la nacionalización del canal de Suez. La ficción de respeto a un orden internacional ha sido quebrada, y será muy difícil restaurarla. Ellas van a su objetivo sin cortapisas, como si quisieran demostrar que hoy, tanto como ayer, continúa en vigencia la norma de lord Palmerston: "Inglaterra no tiene amigos ni enemigos permanentes. Sólo sus intereses son invariables".

Los argentinos debemos esforzarnos en impedir que los sentimientos que provocan los acontecimientos exteriores intercedan o perturben la clara interpretación de los hechos que nos atañen directamente, y mucho menos que la repercusión de los sucesos ajenos —por mucho que hieran nuestros sentimientos— alteren o posterguen la defensa de nuestros intereses nacionales. Pero es también un deber irrecusable el de aprovechar la experiencia ajena para ilustrar a las futuras clases dirigentes, de tal manera que eviten a tiempo los males que pueden asolar a los inexpertos y confiados. Egipto es un pueblo milenario cuyas escasas zonas fértiles están superpobladas. El nuestro es un pueblo joven, tan joven que quizás recién estaba naciendo, y sus grandes extensiones laborables aún adolecen de escasa población. Hay, sin embargo, muchos puntos de contacto y similitud que, en cierta manera, permiten establecer un paralelismo. No soy el descubridor de

Mirémonos en el espejo

esa semejanza. La trazó un escritor extranjero hace más de veinte años.

Inglaterra y Egipto

En la página 359 de su documentado libro "L'Angleterre dans le monde", Johannes Stoye dice: "Es conocida la influencia que ejerce Inglaterra en la República Argentina, ese enorme país que los diputa-

dos ingleses desearían incorporar al Imperio Británico, según lo expresaron en la Cámara de los Comunes. No nos detendremos a investigar hasta qué punto se ejerce la influencia anglosajona en Sudamérica, pero una cosa es indudable: que tal como son, esos Estados, que a duras penas han conquistado un equilibrio político, están en peligro de correr la misma suerte de Portugal o de Egipto". Pocas líneas más adelante, el mismo Stoye aclara cuál es la suerte de Egipto, con estas palabras: "En 1882 tuvo lugar la ocupación de Egipto, que puede considerarse el primer paso importante del nuevo imperialismo. Gracias a la perspicacia de Disraeli, Inglaterra había logrado obtener del kediye egipcio Ismael una gran parte de las acciones del canal de Suez y se había asegurado una influencia preponderante sobre esa vía marítima, fundamental en la política mundial. El pródigo Ismael recibió un poco menos de cuatro millones de libras, que disipó en parte en su corte fastuosa y en parte en una desgraciada expedición a Abisinia. Caya así en dependencia completa del capital europeo, lo cual, finalmente, condujo a la pérdida de la independencia política de Egipto... Hasta la guerra mundial de 1914-1918, multiplicando promesas, Inglaterra consiguió ocultar la verdadera situación de Egipto. Como en la India, en Egipto había, desgraciadamente, traidores a su patria que creyeron que con la ayuda de Inglaterra podrían conquistar el gobierno. Y es así como pudo mantenerse en Egipto una fuerza extranjera, que jamás hubiera podido dominar a un país unido en torno de la idea nacional".

Con la ayuda de esos "traidores a su patria", Inglaterra extendió rápidamente su dominio. Creó líneas de navegación, erigió diques y represas que ensancharon el angosto valle del Nilo, construyó puertos y caminos que facilitarían la extracción de las mercaderías, todo tan hábilmente financiado y combinado que por mucho que trabajaran los egipcios la producción sólo alcanzaba para mantener una oligarquía disoluta y dispéndice, para servir con réditos apenas aceptables las siempre crecientes moles de capitales que se decían invertidos y que crecían con la misma regularidad con que anualmente crece el Nilo, con la diferencia que el Nilo crece para fecundar su propio valle y enriquecer a los egipcios, y los capitales extranjeros, para enriquecer a

COMO TRABAJA INGLATERRA CONTRA LOS PUEBLOS QUE INTENTAN INDEPENDIZARSE



DISRAELI
Influencia preponderante.



ROBERTO ORTIZ
"Se llevan los mejores".

de Egipto

los ingleses y esterilizar todo esfuerzo que no tendiera a enriquecerlos.

Factores de corrupción

Además, esas compañías extranjeras, insertadas en el cuerpo de la nación, eran un factor de corrupción y de desmoralización, porque —como muy bien lo dice el economista francés Truchy— “en los Estados democráticos se corre el riesgo de que el alto personal administrativo sea muy inferior al de las grandes empresas de servicios públicos particulares, porque la presión de las ideas igualitarias impide retribuir a los funcionarios con la remuneración que sería necesaria para atraer y mantener en esos cargos a hombres de talento” (Cours d'Économie Politique, citado por Rafael Bielsa). Es decir que en Egipto, como aquí, los altos funcionarios desempeñaban sus cargos con el raballo del ojo siempre atento hacia el costado de la complacencia extranjera, que además de mejores sueldos y honorarios ofrecía una jerarquía social en la integración de una selecta oligarquía de “traidores a su patria”. Lo cual concuerda casi exactamente con la declaración que en 1928 prestó el entonces ministro de Hacienda, doctor Roberto M. Ortiz, ante la Comisión Especial de Asuntos Ferroviarios, quien dijo: “El gobierno no dispone de elementos suficientes para hacer el control de las tarifas y de los capitales... Al personal verdaderamente eficaz de la dirección, inmediatamente le ofrecen los terrocarriales situaciones mejores”.

Si la desembozada acción que en defensa de sus intereses acometen Francia y Gran Bretaña tuviese éxito, las fuerzas que arrollen las defensas egipcias volverán a sus bases y a sus cuarteles y poco tiempo después ningún desprevenido turista podrá testificar la existencia de ninguna diferencia exteriormente apreciable. La vida egipcia, como el Nilo, ha de circular por sus viejos cauces. El único cambio será casi imperceptible: algunos pocos hombres de la corrupta oligarquía habrán vuelto a ocupar las posiciones de las que fueron desplazados por los intérpretes de la voluntad del pueblo egipcio. El dictador y los hombres que colaboraron serán escarneidos y la libertad abstracta y la democracia serán el manto protector de la libre empresa y de la libre iniciativa en que puedan competir, sin que nadie se lo impida, el más pobre de los fellah y el mismísimo gerente del Canal de Suez.



EL VALLE DEL NILO

Mano de obra abundante para las represas.

Los gremios serán intervenidos para que el pueblo trabajador no pueda utilizar la fuerza coactiva que da la unión. El Banco Central egipcio será manumitido de sus ligazones con el Estado para que no pueda repetirse tan abominable atentado contra los derechos ciudadanos. Los leales empleados de las compañías inglesas serán repuestos en las cátedras que les fueron usurpadas por los profesores “flor de loto”. Todas las leyes que obstaculizaban el desenvolvimiento sin trabas de los capitales extranjeros serán declaradas nulas y sin efecto. Los tratados bilaterales en que Egipto planeaba cacapar del encierro de las finanzas, se dejarán sin efecto. Los saldos pendientes se consolidarán como si fueran deudas. Gran Bretaña será resarcida de los gastos que debió efectuar para hacer prevalecer el derecho sobre la fuerza. Se restablecerá la libre comercialización de las cosechas. A la industria egipcia que había comenzado a desarrollarse con el apoyo del crédito local y el auspicio del espíritu público, que presentaba en ella una de las vías posibles para consolidar su liberación, se la agostará poco a poco para no llamar la atención ni despertar resistencias. A las empresas lugareñas se les restringirá el crédito en forma paulatina, se la enfrentará a una importación privilegiada y, subterráneamente, se instigarán las exigencias obreras, para que en definitiva sea el trabajador mismo quien ultime su propia fuente de trabajo. Quedará así abundante mano de obra disponible para afrontar la construcción de las grandes empresas que el capital extranjero está pronto a financiar en cuanto se le acuerden garantías.

Una vez que la vida egipcia se restablezca, una vez que la demo-

cracia y la libertad permitan reanudar los interrumpidos bailes y sarraos en los grandes hoteles de El Cairo, la corriente turística de ingleses y norteamericanos ayudará a nivelar la balanza de pagos y proveerá un ingreso de divisas casi suficiente como para financiar la importación de combustible, cuya escasez constituye la gran angustia egipcia y el mayor freno para su progreso.

Alcáate para la prepotencia

La caída de Egipto —si ocurre— será un alcáate para la prepotencia de los países que se han habituado a incrementar su poderío y su abundancia con el empobrecimiento de los países más débiles. El parentesco de semejanza estructural que Johannes Stoye nos descubrió, nos crea ciertas obligaciones de fraternidad en la humillación. Podríamos planear alguna manera de ayudar a Egipto antes de que sea tarde. Ni con fuerza ni con riqueza contamos en este momento. Pero podríamos ofrecer una amplia colaboración técnica. Junto con algunos hombres de armas, que en realidad nos sobran, puesto que se ocupan sólo en asuntos ajenos por completo a la defensa nacional, podríamos remesarse algunos técnicos tan calificados como los doctores Raúl Prebisch, Eduardo Laurencena y Juan José Guaresti o el ingeniero Dante Ardigó. Todos ellos son hombres en quienes los británicos confían. Si los egipcios los aceptaran ya irían ganando mucho para el caso que fueran derrotados. Para un buen guerrero, preparar la retirada es tan importante como preparar la victoria. Lo malo es que a veces sólo preparan la retirada. Pero suponemos que no es ése el caso de Egipto.